El materialismo y la vida mística

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Todavía sobrevive la creencia tradicional de que el conocimiento científico es un obstáculo inherente para el discernimiento místico y la espiritualidad. Todavía en la actualidad los partidarios de algunas sectas religiosas consideran que las universidades y los colegios son centros de iniquidad. Continúan insistiendo en que es suficiente con tener fe en Dios, que El proveerá para el hombre. Afirman que las ciencias están invadiendo la santidad del reino Divino y que, por lo tanto, son perversas. Este punto de vista es simplemente una continuación del eterno conflicto entre el racionalismo (la diseminación del conocimiento) y el dogmatismo de la iglesia. Al principio, solamente la Iglesia Romana exponía este punto de vista, pero en la actualidad también lo fomentan las sectas conservadoras Protestantes.

Desde el punto de vista de estas sectas religiosas, pareciera que la educación es destructiva. Con toda su evidencia, la educación ha hecho pedazos las imágenes y los conceptos supersticiosos que estas sectas han hecho creer que es "el mundo de Dios". Un ejemplo característico de muchos de estos casos, es el período que asigna arbitrariamente la mente de los teólogos a la creación del mundo. Naturalmente, la geología y las ciencias afines sólo pueden teorizar acerca del tiempo exacto en que la Tierra comenzó a existir. Sin embargo, los científicos pueden probar que ha existido a lo largo de eones de tiempo antes de lo que los teólogos han determinado.

Si bien los científicos han sustituido con realidades las fantasías bíblicas, en realidad no afectan con ello los fundamentos de la religión, no afectan su propósito inmanente. Sin embargo, el religioso fanático considera que cualquiera persona que tenga la audacia de mover aunque sea una pequeña coma en la Biblia, comete un sacrilegio.

El propósito de la ciencia genuina no es refutar ni antagonizar a la religión. La ciencia está buscando la verdad a través de la experiencia, de la observación y de la razón. La religión, por otro lado, confía en realidades implicadas, a las cuales da el nombre de fe. Desafortunadamente, algunos científicos son también intolerantes; no aceptan en ningún sentido que la religión es un factor de importancia en la sociedad Se regocijan en poner al descubierto las ideas erróneas de la religión. Explotan sus errores en tal forma y con un gusto tan evidente, que pareciera que la ciencia es el enemigo acérrimo de la religión.

Un designio divino

El científico verdadero conoce la necesidad que se tiene de la religión. Sabe que la razón no puede satisfacer plenamente los elementos físicos y emocionales de la existencia del hombre. Los seres humanos experimentaron los sentimientos durante miles de años antes de que desarrollaran hasta un alto grado la racionalización. El científico que comprenda esto tratará de

integrar sus descubrimientos a las creencias básicas de la religión. Intentará explicar que aun cuando la Tierra es el resultado de una corriente de materia atraída de una estrella que pasaba demasiado cerca del Sol, esto no niega que detrás de tal fenómeno haya habido un designio Divino. El hará notar que la tecnología de la Tierra y todos sus avances no hacen desmerecer las declaraciones religiosas acerca de Dios como Primera Causa.

Por otro lado, la religión progresista, plenamente consciente de la tremenda influencia que la ciencia está ejerciendo en la mente del público como resultado de sus "milagros", está tratando de correlacionar a ambas. La religión progresista asume la actitud de que incluso las ciencias biológicas no son otra cosa que la comprobación de las leyes de Dios, y que no las objeta ni las refuta.

No es la primera vez que la religión se ha enfrentado con la necesidad de cambiar sus puntos de vista dogmáticos para mantener la paz con el materialismo. El restablecimiento del aristotelismo durante la Edad Media obligó a Santo Tomás de Aquino a arreglar todo el conocimiento en un orden jerárquico. El aceptó que la ciencia explica el aspecto físico de la existencia, y a la iglesia le dejó el reino de Dios. Se ha dicho que el reino de la revelación trasciende la razón mortal. Por lo tanto, la religión puede tolerar sin escrúpulos a la química, la física, la geología, la astronomía y otras ciencias físicas.

De hecho, lo que la religión postula es que Dios es Supremo, que trasciende todas las leyes y los fenómenos físicos que el hombre puede descubrir y desarrollar. Entre más expande el hombre su conocimiento temporal, más se eleva a Dios. El conocimiento mundano se asemeja a los bloques de una pirámide; mientras más bloques se le agreguen, mayor será la masa y la altura de la pirámide, pero el ápice siempre será Dios.

El verdadero místico moderno no está en desacuerdo con el intelectualismo. Es necesario que nuestra mente sea más tolerante y nuestro entendimiento más claro. La razón es como una espada que se desafila si no se estimula con el pensamiento. En sus exploraciones de la realidad, el misticismo nada más advierte al pensador que no vaya tan lejos como para perder de vista al Ser. Si hace eso, su conocimiento lo amargará: puede volverse tan capcioso, que la vida misma le parecerá insignificante. Algunos de los científicos más grandes han sido también místicos, o han tenido un sentimiento religioso muy fuerte. Me estoy refiriendo a científicos tan reconocidos como Kepler, Burroughs, Morse, Harvey y Faraday.

Así como uno no puede medir, embotellar o pesar una emoción, tampoco debe tratar de aplicar métodos cuantitativos ni el procedimiento de las ciencias físicas a la naturaleza psíquica del hombre. Cuando se hace esto, se está aplicando mal el intelectualismo. Dichas prácticas erróneas producen máquinas humanas intelectuales, enemigos con una mente fríamente calculadora, sin sentimientos, y que hasta podrían destruir su propia especie. Cuando la única chispa que alumbra nuestro interior es la intelectual, entonces nos convertimos en un robot humano cuya utilidad es limitada.

Algunas gentes alegan que, actualmente, para conducir los negocios uno debe recurrir a prácticas que con frecuencia son incompatibles con el idealismo personal y con el sentido de la moral. Por supuesto, primero es necesario que nuestro idealismo no sea desequilibrado. Por ejemplo, no debemos considerar que cósmicamente es erróneo alcanzar éxitos materiales, acumular riquezas, ser un ejecutivo importante, encontrar placer en la batalla intelectual en la que se basan los negocios. No hay nada inherentemente malo en ninguna de estas cosas. El idealismo es falso si no se adapta a los requerimientos del diario vivir. Conducirse de acuerdo con los principios cósmicos del altruismo no quiere decir que no debamos luchar por conseguir y lograr metas materiales. Sin embargo, sí proscribe violar los derechos naturales de los demás, emplear nuestros logros para dañar a otros o evitar que ellos persigan la felicidad a la cual cósmicamente tienen derecho.